

"MINIATURAS MEXICANAS"

Por Gastón ROGER

Es este un libro delicioso. Se compone de impresiones— mejor de sensaciones—de observaciones palpitantes, de breves y fuertes intenciones psicológicas. Son cuentos contenidos en veinte, en treinta palabras. Son novelas y son poemas apresados en el espacio de diez, de doce líneas. Son estrabismos de la realidad viviente y son fuertes y rectas visiones de la naturaleza y del mundo a los que el autor—dizque por pequeños—ha llamado miniaturas. Dizque por su carencia de unidad, ha apellidado mexicanas.

Y esto de la carencia de unidad es aparentemente efectivo. De tres partes, de tres grupos consta el tomo. La primera parte, compuesta de "viajes", ha sido dedicada a Azorín. La segunda, de estampas, a Juan Ramón Jiménez. La tercera, de teorías, a Pedro Enríquez Ureña.

Contra la carencia de unidad, contra la ausencia de un leitmotiv centralizador y preponderante, el libro representa, a través de cualquiera de sus aspectos esenciales, por cualquiera de sus páginas desconectadas y ligeras—ligeras con un regular espacio en blanco—la personalidad caprichosa y masculina de su autor. Daniel Cosío Villegas es un observador fugitivo de la realidad fugitiva. Su manera es una manera literaria en que la palabra cede su acción al pensamiento, la emoción y la idea. Nada de oropes. Nada de retóricas. Por encima de la diversidad de viajes, de la tonalidad cambiadiza de las estampas y de la multiplicidad traviesa de las teorías, un como sistema filosófico vincula todas las dispersas palpitations de "Miniaturas mexicanas". Ese sistema filosófico parece propugnar la verdad, la certidumbre, la sinceridad sobre todo y a costa de todo.

Es un afán de exactitud y de ponderación, de concisión y de sobriedad, cuya influencia primariza pudiera buscarse en Martínez Ruiz. Pero del anhelo sintetizador de Martínez Ruiz, corifeo de la demoleadora generación española del 98, a nuestros días la vida ha ganado en precisión científica y los tan complicados y

tan pretafísicos afanes depuradores han despojado los moldes artísticos de sus aristas menos imprescindibles. El tirso de Cosío Villegas quiere ser todavía un tirso más liviano que el del maestro de "Voluntad" y que el penetrante y sutil pequeño filósofo. Se cumple singularmente el bello propósito en las teorías dedicadas a Enríquez Ureña. Son sencillamente encantadores muchos de esos volanderos y delicados pasajes, por los que Cosío, sin ningún formulismo cien-

(Sigue en la 4a. plana)

LA PERSPECTIVA DIARIA

Viene de la 3a. Plana.

tífico, va desperdigando una inquietud nutrida de hondura y de ciencia.

La provincia cautiva a Cosío Villegas. Bajo el sello elegante de un humorismo bondadoso y comprensivo, la antifona de la tarde aldeana, la estación con muchachas vestidas de blanco, la plazuela con retreta de soldados, el camino polvoriento con un cirquero domador de leones, la iglesia con naves repletas de devotas románticas, las ventanas con tiestos, las carreras jubilosas de la chiquillería tras de la locomotora sonora y pestilente, los hombres sin complejidades de las villas apartadas y cantarinas, atraen a Cosío Villegas, prenden una chispa en su espíritu y le suscitan una emoción que recuerda las emociones mitad tristes y mitad lisonjeras que de su viaje por provincias contara Sarcey,

educador y poeta, con un rictus amargo en su rostro de profesor y un verso siempre amable en sus labios de cantor de la aldea.

Cosío tiene así para todo, para la más tierna estampa como para el más puro recuerdo de viaje, para la más ingenua añoranza como para la más amarga teoría, un soplo siempre nuevo y siempre recio de su ironismo irrepetuoso. Pero tras de ese ironismo, como tras de esa pulcritud amante de la sinceridad y de la síntesis, el buen sentido de Cosío Villegas, su percepción del mundo y su transparente visión de las cosas—visión que anula los precedentes y las referencias—estrechan un cordial amplexo al hombre que todo lo inquiría y al hombre que todo lo amaba. 2

Avíselo en EL MUNDO